

NOTAS CONTEMPORANEAS

lo que come, necesidad implacable que la fuerza a buscar desesperadamente mercados por toda la tierra; a buscarse pueblos vasallos para obtener pueblos clientes; a considerar toda honrada competencia a su producto como una perversa hostilidad contra su pan; a permanecer con las naciones, a pesar de su humanitarismo, en un estado latente de ávida guerra comercial; y en breve tal vez, como ya prevé al profesor Huxley, a hacer francamente fuego sobre todo aquel que ose como ella vender algodones, o como ella vender hierro. Y después la crisis agrícola, cada día más áspera, producida por esos puertos libres por donde le entra torrencialmente todo el fruto de la tierra extranjera, desde las mieses de América hasta los pomares de Normandía; por las extorsiones desordenadas del capital intermediario, por la división misma del suelo, ya en su quinta parte improductivo, porque la aristocracia territorial lo conserva cercado en parques de lujo y en inmensos cotos de caza... Y después, la crisis social, por la consiguiente conversión de las clases rurales en clases industriales; el trabajo abandonado por la fábrica; una afluencia tumultuaria haciendo que el trabajo escasee cada vez más, bajo la indefinida multiplicación de la plebe obrera; y de ahí la formación de esas turbas escuálidas de proletarios hambrientos y ateridos, sin sitio en la sociedad y sin auxilio en la Naturaleza, rodando del *meeting*, donde la policía los apalea, a la taberna, donde la ginebra los embrutece... Y después, la crisis política, múltiple y confusa, hecha de la rebelión nacional de Irlanda, del descontento agrario de Escocia; del desafecto eclesiástico de Gales, complicada aún por la oleada creciente de una democracia de carácter continental que disgrega los viejos partidos históricos, agría el conflicto de las ideas con

X

EUROPA

No sé lo que pasa en esa rozagante América... Pero aquí, en este reseco continente, hace ya más de dos años, aquellos que se distinguen por conocer las cosas de las naciones, como decía el viejo escriba egipcio del tiempo de Tulmés III, comienzan a inquietarse y a gritar sombríamente: "La situación de Europa es tremenda. Bajo las crisis que la sacuden, ya la máquina se descoyunta. ¡Nada puede impedir el incomparable desastre! ¡Este fin de siglo es un fin del mundo!... Y en efecto, en efecto; si a este prolongado y triste clamor, el hombre que trabaja, quieto en su morada, repara más atentamente en Europa, se le aparece como una sala de hospital, donde jadean y se agitan en sus catres, estrechos o anchos, los grandes enfermos de la civilización.

Aquí mismo, debajo de mi ventana, en esta Inglaterra de tan rubicunda apariencia, las "crisis" se acumulan más numerosas que las llagas en el cuerpo del clásico Job. Primeramente la más intensa y más extensa, la que arranca más gemidos es la crisis industrial, nacida de la necesidad que la atrafagada y prolífica Inglaterra tiene de vender lo que fabrica para comprar

NOTAS CONTEMPORANEAS

lo que come, necesidad implacable que la fuerza a buscar desesperadamente mercados por toda la tierra; a buscarse pueblos vasallos para obtener pueblos clientes; a considerar toda honrada competencia a su producto como una perversa hostilidad contra su pan; a permanecer con las naciones, a pesar de su humanitarismo, en un estado latente de ávida guerra comercial; y en breve tal vez, como ya prevé al profesor Huxley, a hacer francamente fuego sobre todo aquel que ose como ella vender algodones, o como ella vender hierro. Y después la crisis agrícola, cada día más áspera, producida por esos puertos libres por donde le entra torrencialmente todo el fruto de la tierra extranjera, desde las mieses de América hasta los pomares de Normandía; por las extorsiones desordenadas del capital intermediario, por la división misma del suelo, ya en su quinta parte improductivo, porque la aristocracia territorial lo conserva cercado en parques de lujo y en inmensos cotos de caza... Y después, la crisis social, por la consiguiente conversión de las clases rurales en clases industriales; el trabajo abandonado por la fábrica; una afluencia tumultuaria haciendo que el trabajo escasee cada vez más, bajo la indefinida multiplicación de la plebe obrera; y de ahí la formación de esas turbas escuálidas de proletarios hambrientos y ateridos, sin sitio en la sociedad y sin auxilio en la Naturaleza, rodando del *meeting*, donde la policía los apalea, a la taberna, donde la ginebra los embrutece... Y después, la crisis política, múltiple y confusa, hecha de la rebelión nacional de Irlanda, del descontento agrario de Escocia; del desafecto eclesiástico de Gales, complicada aún por la oleada creciente de una democracia de carácter continental que disgrega los viejos partidos históricos, agría el conflicto de las ideas con

el rencor de las personalidades, y por la lógica de su tendencia descentralizadora pone en peligro la misma solidez del antiguo imperio colonial. Y después, la crisis religiosa; la progresiva hostilidad contra la iglesia oficial llevando a las poblaciones a armarse para no pagar el diezmo; el desdén cada vez más acentuado de las masas por las sectas no conformistas, que hasta ahora las mantenían en una saludable disciplina moral; la Biblia, la gran lección y el gran consuelo, caída en descrédito como voz divina, convertida en mero libro de literatura, lirismo y crónica de un pueblo acabado; y en fin, lo peor de todo, las almas buscando en la religión menos una regla que una excitación, huyendo del abstracto puritanismo hacia las flores y los cantos de los templos ritualistas, o hacia las banderas y panderetas de la grosera *Salvation Army* (1). Y aun por arriba, como complemento a la crisis moral, la inquietante degeneración de las costumbres; las altas clases aristocráticas y plutocráticas rehaciendo la sociedad liviana y galante de los Estuardos; la sensualidad brutal, que es el fondo del temperamento inglés, irrumpiendo y saltando todas las barreras, las más fuertes, aun las de la responsabilidad; el amor del lujo, del goce, de la ostentación y del dinero que los compra, convertido en supremo motor de la existencia; el juego, adoptado como la profesión mejor por esa inmensa clase, compuesta de "gente bien", que apuesta por el *jockey*, por el remero, por el atleta, por el andarín, por el boxeador; la honestidad debilitándose en los sentimientos como en las transacciones; el negociante falsificando todo lo que vende; las familias deshaciéndose

(1) La *Salvation Army* es, como todos saben, el Ejército de Salvación que sirve de propaganda al protestantismo.—N. del T.

en el tribunal del divorcio; los hijos de las antiguas casas históricas robando en los campos de las carreras...

Pero si de la verde Inglaterra pasamos al Continente, allí encontramos en otros organismos reproducidas las mismas lesiones. Todos sufren de una crisis industrial, de una crisis agrícola, de una crisis política, de una crisis social, de una crisis moral. Y cada uno, a mayor abundamiento, sufre de un mal suyo y propio, que es hereditario o nacido de los desarreglos de la vida. Más allá de la Mancha vemos a Francia, nuestra madre latina, segunda patria de todo espíritu bien nacido, en brazos con su tercera República, que no consigue despojarse de su carácter provisional, ni por el voto del campesino, ni por el dinero de la burguesía, y que en su eterna aspiración a la unidad, busca al hombre providencial que la cimiente y la clave en el suelo, llevando al Poder sucesivos estadistas que luego frenéticamente derriba y arroja al lodo, volviéndose ya hacia un general, ya hacia un abogado, ya hacia un ingeniero, entontecida, jadeante, en ese afán que la trae desde el 79 buscando a su salvador... (1) Como corolario, el ansia mórbida de enriquecerse aprisa, característica de todos los regímenes inestables, estableciendo desde El Havre hasta Marsella una inmensa bolsa, con un *agent de change* en cada finca, un Sindicato metido en cada institución, la lotería infiltrándose en la industria y el *krack* cada cinco años!... Al través de todo esto, en torno de esto, una plebe democratizada hasta lo más sutil, subdividida en tantos partidos militantes cuantas son las teorías sociales, todos

(1) *Cherchant son sauver!*, escribe Eça de Queiroz, con inconcebible errata—*sauver* por *sauveur*—que se repite en todas las ediciones de NOTAS CONTEMPORÁNEAS. Yo he puesto la frase en español.—N. del T.

irreconciliables, todos agresivos, cada una con su club, su héroe y su substancia explosiva... Después, ¡qué enormes crisis especiales: crisis de la Hacienda, de la Administración, de la Iglesia y de las costumbres!... Un presupuesto que cada día se desequilibra más, bajo el peso de hierro de un ejército enorme, que el orgullo patriótico la obliga a mantener, con el dedo en el gatillo, vuelta hacia los Vosgos... La Administración, el eje resistente sobre el cual Francia, desde Colbert, había girado con suficiente equilibrio al través de guerras y de revoluciones, debilitado, rajado, mordido por la República, roído por la huella de la corrupción. La Iglesia, de la cual era Francia la hija primogénita y muy amada, convertida para la mitad de su familia espiritual en objeto de escándalo y de cólera. Los miasmas del boulevard propagándose, esparcidos por el vapor y por la electricidad, a todos los rincones de Francia y deteriorando hasta la vieja burguesía provincial, la austera depositaria de *la haute honnêteté française* (1). Después, para colmo de males, París compliéndolo todo con su comuna, su Hôtel de Ville, la impresionabilidad de sus masas, la garrulería de su Prensa, su *blague* y su miseria, su ideologismo y su *cocotismo*... Mil males; y mi querido Oliveira Martins frotándose las manos y amenazando a ese París, "Capital de los Pueblos", con quedar reducido en breve a una Corinto, donde siempre abundaría el dinero extranjero, las cortesanas subirán a los altares, el estómago tendrá su gloria, Arión inventará ritmos nuevos, y todas las noches, entre cantares y luces, la Orgía

(1) "La alta honestidad francesa." Eça, para dar más color a su exposición, intercala de vez en vez frases francesas *N. del T.*

rodará de la puerta Sicyo a la puerta de Ceuceia, bajo la invocación de Afrodita... (1).

Si atravesamos el Rhin, Alemania surge, compacta y maciza como una torre de inconmensurable fuerza. Pero aquellos *que se distinguen por conocer las cosas de las naciones*, ¡saben cuán quebradiza es!... Numerosos Estados, cada uno con su "particularismo", como ellos mismos dicen, dispares de temperamento y de carácter, de costumbres, de religión, de intereses, agregados unos a otros a la manera de animales domésticos en un patio de granja, cuando sienten en derredor aullar el lobo: ¡he ahí Alemania!... Lo que desde el To la retiene unida bajo la bandera amarilla y negra es su temor constante de que el oso moscovita levante las patas de un lado, y de otro aletee y suelte su toque de clarín el petulante gallo francés. Sólo por medio de este temor consigue Bismarck hacer fluctuar, con tolerable estabilidad, la vasta vida germánica; a tal punto, de que para obtener una miserable ley de Tabacos o tres sacos de florines, ha de infundir el pánico en sus gacetas, descender después al *Reichstag* con sus altas botas de coracero, despertar el *furor teutonicus*, apuntando a través de las perífrasis délficas hacia los cañones ya dispuestos del lado de Polonia o del lado de Lorena... Y de aquí ¡cuántas crisis minando a la gran Minerva armada!... Sus seis millones de soldados la chupan fibra a fibra. El suelo avaro que apenas los nutre, los impuestos intolerables, la mezquindad de las profesiones liberales, expatrian a la mocedad burguesa y agrícola hacia Inglaterra y hacia América; la pequeñez de los salarios, que, per-

(1) Oliveira Martins tomó en Portugal, frente a París y sus vicios, una posición austera similar a la de nuestro Unamuno antes de la guerra.—*N. del T.*

mitiendo producir barato y vender barato, da a su industria una apariencia de prosperidad y actúa en realidad como causa constante y sorda de la decadencia moral y física del obrero; y por fin, la disciplina de cuartel, militarizándolo todo, desde la escuela hasta las estaciones (1), uniformando al alemán en el cuerpo y en el alma, disminúyete la individualidad moral como le anula el valor civil. Entallada en la librea prusiana, Alemania pierde todo lo que había de libre, de expansivo y de grande en su naturaleza... El propio genio se le estrecha bajo el peso del casco. ¿Dónde está esa literatura tan viva, original, profunda, radiantemente variada, que salía de las pequeñas cortes pulidas y cultas, en que Goethe era un semidiós y Hegel, como un profeta, acogía peregrinos?... Todo se acabó. ¡Y descontentos con el tiempo presente, las inteligencias se refugian en la erudición y en el polvo de la arqueología!...

Y si continuamos, con iguales males topamos por esa Europa, en todas las naciones, desde la inmensa Rusia hasta la larguirucha Suecia. ¡Siempre la disipación de los Estados, siempre la miseria de las plebes!... En Rusia, los gastos del Gobierno (no contando obras de utilidad ni siquiera armamentos de ataque) subieron, sin que los ingresos aumentasen, en *ciento y cinco por ciento* en diez años. Ahora bien, como el padre, el Czar, gasta así, sus ochenta millones de hijos, los *moujicks*, han de pagar; abrumado de impuestos, el pobre *moujick* corre al prestamista, vende aprisa, vende con pérdida, apenas aparece a orillas del camino el recaudador fiscal entre bayonetas; y la ignorancia en que el Estado le tiene ahogado es

(1) *Gares*, escribe Eça con injustificado empleo de la palabra francesa.—*N. del T.*

tan sistemática que, en el año de 1886, en el mercado de Karkoff, mientras los agentes de la pequeña nobleza, más ilustrados sobre el precio de Europa, vendían la medida de la avena por setenta kopeks, el desgraciado *moujick* embrutecido, ignorando el valor de su grano, rodando confusamente entre los dedos trémulos el grueso gorro de pieles, dejaba marchar la misma medida, su sudor de todo el año, por *veinte* miserables kopeks!... En la laboriosa y plácida Suecia, por otro lado, para resumirlo todo en el horror de un número, el Estado ha de alimentar, por la caridad oficial, casi *la décima parte* de la población, un pauperismo cuatro veces mayor que el de Irlanda, ¡ese húmedo hormiguero de turbulentos mendigos!...

¿Será necesario, para mostrar la máquina descoyuntándose, desmenuzar Italia, inventariar España, desgranar indefinidamente el rosario de *crisis*? ¿Será caritativo hablar de nosotros mismos? En nuestro rincón, con la azulada dulzura de nuestro cielo cariñoso, la contenta sencillez de nuestra naturaleza medio árabe (dos condiciones máximas para la felicidad en el orden social), nosotros tenemos, a lo que parece, todas las enfermedades de Europa en variadas proporciones—desde el *déficit* enorme hasta ese nuevo partido anarquista que cabe todo en un banco de la Avenida—. Y desgraciadamente, además de estos males, unos nacidos de nuestro temperamento, y otros traducidos del francés, morimos de otro mal, completamente nuestro y que sólo Grecia, menos intensamente, comparte con nosotros; y es que, mientras contra las tormentas sociales, en las otras naos se trabaja, en nuestra maltrecha y arrasada carabela se charla... ¡Se charla en un desordenado flujo labial, cuya calidad desde 1920 no ha dejado de decaer, degenerando, de la elocuen-

cia, en la locuacidad, de la verbosidad deshaciéndose en la verborrea!...

De suerte que, mirando en resumen hacia el Norte y hacia el Sur, bien pueden aquellos que se distinguen por conocer las cosas de las naciones, afirmar sombríamente que la máquina se descompone y que la situación de Europa es tremenda...

Y sin embargo, en el fondo, la situación es sencillamente normal. Natural y normal, y para nadie puede ofrecer terrores. Ya no hablo como un animal egoísta y casero, que al través de todas estas agonías de imperios continúe saboreando los pequeños regalos de la vida, el calor del hogar, la amistad de los libros, el buen arroz al horno, el cigarro parlero y los pájaros cantando en los follajes de primavera... Pero aun para el crítico o para el humanitario, sobre todo para éstos, este *fin del mundo* no ofrece nada de pavoroso.

La situación de Europa, en realidad, nunca dejó de ser tremenda. Lo ha sido melancólica y apasionadamente todo este siglo. Lo fué durante todo el siglo XVIII, al través de más indiferencia y de una mayor dulzura de la vida. Lo ha sido en todos los siglos, desde que los strios llegaron aquí, cantando los versos y empujando sus rebaños hacia el Oeste. La "crisis" es la condición casi normal de Europa. Y rara vez se ha presentado el momento en que un hombre, tendiendo la mirada en derredor, no crea ver la máquina desconyuntarse y todo pereciendo, hasta lo que es imperecedero: la virtud y el talento. Ya el viejo cronista medioeval murmuraba con infinito desconuelo: "Todo se desquicia, y hasta entre los hombres se va embotando la punta de la sagacidad." Ya el más antiguo poeta clásico, el comedido y satisfecho Horacio, cantó tristemente cuando sobre el mundo comen-

zaba a difundirse la inmensa majestad de la paz romana: "Todo se hunde, y más que ningún otro, este tiempo es fecundo en miserias..."

Naturalmente, no se quejaban de *déficits* o de crisis industriales, sino de aquello que entonces más preocupaba a los hombres cultos: el debilitamiento de la virtud, de la moral, de la religión, del patriotismo, de la seguridad pública. Y gemidos iguales oíríamos recorriendo los anales, los poemas y los textos; hasta aquellos que están pintados en colores vivos en los *pylones* de Tebas o grabados a fuego lento en los ladrillos asirios del palacio de Sennacherib...

Pero ¿qué son en el fondo estos lamentos? Son solamente, en un tono más solemne y amplio, aquella queja familiar que cada año repetimos, cuando las hojas caen y los cielos se cubren de nieblas: "¡ Ahí viene el invierno y la noche!..."

Es que la sociedad se asemeja a la Naturaleza. Y en Europa, como en cualquier espeso bosque en un fondo de valles, viene un momento en que todo decae y fenece; los ramajes se secan y se desgajan; las más altas encinas caen de vejez, mil podredumbres fermentan, y el suelo desaparece bajo los destrozos, y la oscuridad aterra, y un largo sollozo pasa en el viento... Y a quien entonces lo atraviere, el bosque se le figura en verdad cosa confusa, arruinada y tremenda... Y, sin embargo, todo eso es sencillamente... diciembre. Es la vida, es el orden. De los ramajes podridos ya se están nutriendo las simientes que han de ser árboles; y al través de las descomposiciones se conserva la savia, que hará florecer y reflorar todo cuando llegue marzo... Ahora bien; estos tiempos que estamos atravesando son el octubre fosco que anuncia uno de los grandes diciembres del mundo... Tenemos ya mi-

serias, crisis, disoluciones, viejas raíces que se desgajan, llantos al viento; peor nos irá cuando diciembre venga; pero al través de todas las vicisitudes, siempre se conservará, como en la Naturaleza, la eterna savia, que es la eterna fuerza...

Solamente que los nuevos follajes de marzo no resurgen más verdes ni más duraderos por haber recogido la savia de las capas de hojas caídas; en la Naturaleza, la fuerza no tiene un fin, no lleva a nada mejor; y no siendo moral ni inmoral, la Naturaleza no retrocede ni progresa. Los árboles que nos cubren no son más frescos ni más frondosos que los que daban sombra a los hombres del Lacio; y la helada, el viento del Este, el polvo, no nos incomodan menos que en tiempo de las *Geórgicas*.

La verdad sea dicha, tampoco el hombre mejora en lo que le es innato. No poseemos hoy, ciertamente, más fuerza en los músculos que los soldados de la invasión persa, más belleza en las líneas que los modelos de la estatuaria griega; tampoco podemos alabarnos de más valor que Leónidas, de más genio que Platón, de más poesía que Virgilio, de más virtud que Marco Aurelio. Pero el conjunto de los hombres y la sociedad progresan cada día por la sucesiva acumulación del esfuerzo, del trabajo, de la virtud, del genio, de la poesía, del valor de cada generación que pasa. Y si realmente no pensamos más profundamente que en Atenas, bajo los plátanos de la Academia, ni combatimos más heroicamente que en el desfiladero de las Termópilas, tenemos repartida seguramente entre nosotros más justicia que en tiempo de los Gracos, y hay más saber divulgado entre nosotros que en tiempo de Aristóteles. Y en ese siglo XX, del cual ya nos

ocupamos con paternal solicitud, habrá más saber difundido y más justicia realizada...

De suerte que los males presentes, las crisis, las miserias, no son mas que el natural decaimiento de diciembre en la selva humana, donde surgirá una más viva y más rica vegetación de libertades y de nociones... Esas mismas, a su vez, crearán dificultades nuevas en la sociedad e incertidumbres nuevas en el espíritu. Volverá diciembre.

Voces sombrías afirmarán de nuevo, en lenguas aun no habladas, que todo se descoyunta, que la situación es tremenda. Pero cuando marzo vuelva a su vez y se vea más claro en un cielo más límpido, se reconocerá que, en suma, la Humanidad dió otro paso decidido hacia adelante en el camino de la justicia y en el camino del saber... ¡Y así, a tumbos y a sacudidas, ya destrozado, ya florecido de nuevo, el mundo avanza irresistiblemente!...

1888.

(1) Se sabe que esta admirable novela en dos volúmenes, verdadero cuadro de conjunto de la vida de Lisboa, apareció en 1888, suscitó gran indignación en el poeta portugués Rubén Pato por figurar que estaba cruelmente retratado en el poeta Tomás de Alarcón, a quien el gran novelista atribuye. Era preciso tal aclaración para hacer comprensible esta carta—N. del T.